

ciencia hace al genio» puede aplicársele al monje agustino que la realiza, tal como lo presenta la escritora.

El sentimiento religioso unido al impulso creador hace dar normas materiales a la obra. Hábilmente está diseñado el avance místico y emotivo de este sentimiento.

Otros cuadros de este ensayo podrían figurar en textos de lectura como aquel sobre «La voz de las campanas» o el titulado «La belleza de los patios». Breves y evocadores, en general como la obra, revelan un acendrado gusto artístico y una profunda comprensión de toda una época que entronca la nuestra con su pasado.—BERTA DEL CAMPO.



<https://doi.org/10.29393/At252-198PJJ010198>

POEMAS DE JERÓNIMO LAGOS LISBOA

La poesía de Jerónimo Lagos Lisboa oscila entre el romanticismo y el parnasianismo. Pero por no pocos de sus motivos y por algunas de las actitudes mentales que revela, se entronca con las más equilibradas ramas de la lírica nueva. Sin embargo, es la sombra augusta del gran Rubén la que se impone sobre las diáfanas, dulces y delicadas imágenes del libro, en las cuales lo obscuro no va nunca más allá de la penumbra y lo claro y luminoso no llega en ningún caso a deslumbrar soles decadentes o lunas redondas.

La perfección formal de los versos de Lagos Lisboa merece, a nuestro modesto juicio, toda suerte de elogios. sólo el genio o el poeta angélico cuando escribe al dictado de «un personaje sentado frente a él», según las palabras de Rilke, alcanza a vivificar esas expansiones verbales, indistintas y atropelladas, con que nos agobian y descorazonan los émulos en legión.

La Pequeña Lumbre es ante todo un libro escrito con amor. Amor a las pequeñas y grandes cosas, a los seres humildes y a los valores morales. Ese respeto amoroso por el mundo visible e

invisible, se traduce naturalmente en el cuidado de la forma y en el culto de las palabras y las rimas. Porque palabras y rimas son también cosas de Dios, febles criaturas que merecen y esperan nuestro cuidado y solicitud.

El franciscanismo de Lagos Lisboa sería simplemente encantador si no traicionaran, aquí y allá, los afeites que el hombre culto, hijo de su tiempo y sujeto a las acumuladas leyes del atavismo, distribuye y aplica en su obra: aquello que todos hemos convenido, no sin dolor, en llamar arte literario.

Erraría, sin embargo, quien sugestionado por el título del libro, creyera que todo es parvedad y gracia mínima en los versos de Lagos Lisboa. De la pequeña vida palpitante de los seres animales y vegetales, eleva su canto hacia la grandeza universal, en una profesión de apasionado panteísmo.

Por este camino los hombres se sienten vivir en la naturaleza y se funden con Dios, en una aspiración tranquila de perdurabilidad.

Dice el poeta-cazador al recoger la perdiz que acaban de matar:

palpo en mi ser para tocar su herida!

Y al preguntarse por la realidad de sus sueños, exclama:

En qué noche desperté estrellado

Y al buscar, desolado, el amor ya desvanecido, canta:

Aire hechizado, escóndeme la voz!

Y en el poema «Has de seguir», realiza una suerte de transubstanciación con el paisaje:

*...En la oliva a madurar confluyo
y en el lagarto me caliente al sol.*

Llevado por esta corriente, a la vez mística y pagana, sensual y espiritual, el canto del poeta recorre el cuerpo del mundo a través de una red de venas y arterias, y alcanza a ser la voz misma del gozo y el dolor de los hombres, las bestias y las cosas.

También las cosas que muchos tienen por inanimadas, ya que para el poeta:

...*Sólo la piedra sabe hablar.*

Lagos Lisboa, ciudadano de la poesía y campesino en un paisaje de amores y desvelos, ávidos y reverentes, «triste, pero no cansado», camina a nuestra vera y nos alivia con su cantó.—
JOAN OLIVER.

ESTANCIAS DE SOLEDAD, poemas de *Mila Oyarzún*

Había en el primer libro de Mila Oyarzún, dada la moda y el tiempo, ese color y gusto que Federico García Lorca le dió a mucha poesía joven de lengua castellana. Además, había un buen contenido humano, que cristalizaba en una temática, humanamente limpia, si se nos permite la expresión. Es decir, Mila Oyarzún decía las cosas con una sinceridad que asustaba a algunos, que nos agradaba a otros.

En «Estancias de Soledad» renueva esta línea.

Y la mejora.

Porque Mila Oyarzún, poeta por sobre muchas cosas, ha removido su lenguaje, ha cogido, sin temor,—muy notorio— esas nuevas esencias que tienden a que la Poesía sea siempre Poesía y no un buen y exquisito pergamino, endeble al primer viento del Otoño, casi siempre artero. Tiene, pues, el libro de Mila, esa notoria fuerza, en buen nivel, que le sirve para su